

## LECCION XL.

*Iliada y Odisea de Homero.**Encida de Virgilio.*

**E**l poema épico, que por unánime consentimiento ocupa el primer lugar entre las composiciones poéticas, merece sin disputa una discusion particular; y examinadas la naturaleza y las reglas principales de este poema, paso á hacer algunas observaciones sobre los poemas épicos mas sobresalientes, tanto antiguos como modernos.

Por todos títulos se debe á Homero la primera atencion, como padre no solo de la poesia épica, sino en cierto modo de la poesia en general. El que se ponga á leer á Homero, debe considerar que va á leer el libro mas antiguo del mundo, despues de la Biblia. Sin esta previa reflexion no puede beber el espíritu del autor ni gustar de sus composiciones. No ha de buscar en él la correccion y la elegancia del siglo de Augusto. Es preciso que se desprenda de las ideas de dignidad y refinamiento que hoy tenemos, y que retroceda con su imaginacion cerca de tres mil años en la historia del género humano. Lo que debe prometerse hallar en él, y lo que hallará efectivamente, es una pintura del mundo antiguo; caracteres y maneras que conservan una tinta fuerte del estado salvage; ideas morales, pero imperfectas; y los apetitos y las pasiones de los hombres sin aquellos frenos á que se han acostumbrado con los progresos en la civilizacion. Verá la fuerza del cuerpo apreciada por una de las prendas mas heroicas; la preparacion de una comida y la satisfaccion del hambre, descritas como objetos de mu-

cho interés; y los héroes alabándose á sí mismos francamente, ultrajándose unos á otros con la mayor groseria, é insultando á sus enemigos vencidos de un modo que tendríamos hoy por indecentísimo.

La abertura de la Iliada no tiene aquella dignidad, que los modernos buscan en el poema épico. El asunto de que trata no es mas que la contienda entre dos gefes por una esclava. El sacerdote de Apolo pide á Agamenon que le restituya su hija, la cual en el saqueo de una ciudad habia tocado á Agamenon en parte. Este lo reusa. Apolo condescendiendo con las plegarias del sacerdote, envia una plaga al campo griego. Consultado el agorero, declara que no hay otro medio de apaciguar á Apolo, que restituir al sacerdote su hija. Agamenon se encoleriza con el agorero; protesta que está mas prendado de la esclava, que de su muger Clitemnestra; y viéndose en la precision de restituirla para salvar al ejército, insiste en que se le dé otra en su lugar; y escoge á Briseida, esclava de Aquiles. Este, como era de recelar, se enciende en cólera al oír tal demanda: echa eu cara á Agamenon su rapacidad é insolencia, y despues de ultrajarle con los nombres mas injuriosos, jura solemnemente que si el general le hace tan mal tratamiento, se retirará con sus tropas, y no dará auxilio á los griegos contra los troyanos. Se retira, y su madre, la diosa Tetis, interesa en su causa á Júpiter, quien para vengar la injuria hecha á Aquiles, toma parte contra los griegos y los deja caer en grandes y largos trabajos, hasta que se apacigua Aquiles y se reconcilia con Agamenon.

Esta es la basa de toda la accion de la Iliada. De aquí nacen aquellos „hermosos milagros” *speciosa miracula*, como Horacio los llama; los cuales son el cuerpo de aquel extraordinario poema, y que desde los dias de Homero han sido poderosos para in-

teresar en todos tiempos á casi todas las naciones de la Europa. La admiracion general con que se ha recibido un plan poético, tan diferente del que se hubiera formado en nuestros tiempos, no debe, bien mirado, sorprendernos; porque, fuera de que un ingenio fecundo puede enriquecer y hermohear cualquier asunto, es de observar que las maneras antiguas, aunque en contradiccion con las ideas que ahora tenemos de dignidad y refinamiento, suministran sin embargo materiales para la poesia, superiores en ciertos respectos á los que ofrece un estado de sociedad mas civilizado. Ellas descubren la naturaleza humana mas abiertamente y sin rebozo, sin ningunas de aquellas estudiadas fórmulas de decencia que ocultan ahora á los hombres unos á otros, y dan campo abierto á las conmociones mas fuertes y mas impetuosas del ánimo, las cuales figuran en la descripcion mejor que los sentimientos blandos y templados. Nos muestran á las claras nuestras preocupaciones, nuestros apetitos y deseos naturales, puestos sin rienda en ejercicio. De este estado de maneras junto con las ventajas de aquel estilo fuerte y expresivo, por el cual, como observé ántes, se distinguen comunmente las composiciones de las primeras edades, debemos esperar con fundamento que el ingenio se manifieste con mas grandiosidad, soltura y libertad en las composiciones de aquel periodo, que en las de tiempos mas civilizados. Por esto los dos grandes caracteres de la poesia de Homero son fuego y sencillez. Pasemos ahora á hacer algunas observaciones mas particulares sobre la Iliada, considerando los tres capitulos del asunto ó accion, de los caracteres y de la narracion del poeta.

Es indisputable que el asunto de la Iliada está en lo principal escogido felizmente. En tiempo de

Homero ningun objeto podia ser mas espléndido y de mayor dignidad, que la guerra de Troya. Una confederacion tan grande de los estados de la Grecia bajo un capitan, y los diez años que mantuvieron el sitio contra Troya, era preciso que extendiesen á paises muy remotos el renombre de muchas hazañas militares, y que interesasen á toda la Grecia en las tradiciones concernientes á los héroes que mas se señalaron. Sobre estas tradiciones fundó Homero su poema; y aunque segun la opinion general vivió solo dos ó tres siglos despues de la guerra de Troya, sin embargo, por falta de memorias escritas, la tradicion habia llegado ya en su tiempo á aquel grado de obscuridad el mas propio para la poesia, y ella le dejó en plena libertad de mezclar las fabulas que quisiese con los restos de la verdadera historia. No tomó por asunto toda la guerra de Troya, sino que con mucho juicio eligió una parte de ella, la contienda entre Aquiles y Agamenon, y los acaecimientos á que ella dió origen: los cuales, aunque ocupan solo cuarenta y siete dias, encierran sin embargo el período mas interesante y mas crítico de la guerra. Con este plan dió mayor unidad á lo que manejado de otra suerte hubiera sido una historia inconexa de batallas. Tomó por héroe principal á Aquiles, quien domina por todo el poema, y mostró los perniciosos efectos de la discordia entre los príncipes confederados. Yo convengo en que el asunto de Homero es ménos feliz que el de Virgilio. El plan de la Eneida comprende mayor extension y una diversidad mas agradable de acaecimientos, mientras que la Iliada está casi enteramente llena de batallas.

Con muchísima razon se ha elogiado en todos tiempos á Homero por su invencion singular. El prodigioso número de incidentes, de arengas, de

caracteres divinos y humanos de que abunda, la maravillosa variedad con que diversificó sus batallas, y las historias sucintas de casi todas las personas que mueren en ellas, descubren una invención casi inagotable. Pero en mi entender debe elogiarse no ménos el juicio de Homero que su invención. Maneja con gran arte toda la historia. Nos la va presentando por grados: sus héroes van llamando nuestra atención, unos tras de otros: el aprieto crece conforme va adelantando el poema, y todo está dispuesto de manera, que sirve para engrandecer á Aquiles, y que este haga como quiso el poeta, la figura principal.

Pero en lo que Homero aventaja á todos los escritores, es en la parte característica. En esta no tiene quien le compita. Su viva y animada representación de caracteres, dimana en gran parte de que es un escritor dramático, abundante en diálogos y conversaciones. Hay muchos mas diálogos en Homero que en Virgilio y en ningun otro poeta. Lo que Virgilio nos dice en dos palabras de narración, Homero nos lo pone á la vista con una arenga. Aquí es de observar que este método de escribir es mas antiguo que el narrativo. Prueba evidente de esto son los libros del viejo Testamento, los cuales, en lugar de narración, están llenos de arengas con respuestas y réplicas sobre los asuntos mas familiares. De esta manera en el cap. XLII del Génesis, hablando de José, que reconoce á sus hermanos sin ser conocido de ellos, dice v. 7.-15. „ Y reconociéndolos él, les hablaba con aspereza como á extraños, preguntándoles: ¿De dónde habeis venido? los cuales respondieron: De tierra de Canaan, á comprar lo necesario para el sustento. Y no obstante, conociendo él á sus hermanos, no fué conocido por ellos. Y acordándose de

los sueños que alguna vez habia visto, les dijo: Espias sois: á reconocer lo ménos fuerte de la tierra habeis venido. Los cuales dijeron: No así, señor; mas tus siervos han venido á comprar alimentos. Todos somos hijos de un solo hombre: venimos de paz; ni tus siervos maquinan mal alguno. A los cuales él respondió: De otra manera es: habeis venido á reconocer lo que no está fortificado en esta tierra. Y ellos dijeron: Doce hermanos somos, tus siervos, hijos de un solo hombre en la tierra de Canaan: el mas pequeño está con nuestro padre, el otro no existe ya. Esto es, replicó, lo mismo que he dicho: espias sois. Voy á hacer ahora prueba de vosotros: por vida de Faraon que no saldreis de aquí, hasta que venga vuestro hermano el mas pequeño.” Un estilo como este es el mas sencillo y sin artificio en su forma, y por lo tanto debió ser indubitablemente el mas antiguo. Esto es copiar directamente la naturaleza, hacer una mera repetición de lo que pasó, ó se supone haber pasado en la conversacion entre las personas de quienes trata el autor. Con el tiempo, estudiado mas el arte de escribir, pareció mas elegante comprimir la sustancia de la conversacion, haciendo el poeta ó el historiador una narrativa breve y distinta, y reservar las arengas directas para las ocasiones de importancia.

El método antiguo dramático que siguió Homero, tiene sus ventajas y sus defectos. Hace la composición mas natural y animada y muy expresiva de las maneras y de los caracteres; pero al mismo tiempo ménos grave y magestuosa, y algunas veces cansada. Homero, es preciso convenir, se dejó llevar con exceso de su propension á hacer arengas, y si en algo es fastidioso, es seguramente en estas, pues unas son fútiles y otras evidentemente intempesti-

vas. Junto con la vivacidad griega nos da tambien la idea de la locuacidad griega. Sus arengas, sin embargo, son en general características y llenas de vida, y á ellas debemos en gran parte la admirable pintura que nos ha dado de la naturaleza humana. Cualquiera que lo lee se familiariza intimamente con sus héroes. No solo presentó el valor de los diferentes guerreros en todas sus formas y facciones, sino que tambien pintó con singular artificio algunos caracteres mas delicados que no participan del valor, ó que tienen de él muy poco.

¡Con qué delicadeza, por ejemplo, pintó el carácter de Helena, de suerte, que á pesar de su fragilidad y de sus crímenes, hizo que no nos fuese odiosa! La admiracion con que la mira el viejo general, en el tercer libro cuando ella va en su busca, nos la presenta con mucha dignidad. La accion de cubrirese, las lágrimas que vierte, su confusion en presencia de Priamo, su dolor y las acusaciones que se hace á sí misma al ver á Menelao, el retirarse de París por cobardía y la ternura que le hace volver á él, nos muestran aquellas facciones notables del carácter de una muger, á la que condenamos en parte y en parte compadecemos. Jamas la introduce Homero sin hacerla decir alguna cosa que nos mueva á compasion, miéntras que cuida al mismo tiempo de poner en contraste su carácter con el de una virtuosa matrona en la casta y tierna Andrómaca.

París mismo, autor de todos los infortunios, está caracterizado con la mayor propiedad. En él, como podemos suponerlo, se halla mezclada la galanteria con la afeminacion. Se retira de la presencia de Menelao; pero luego despues entra con él en singular batalla. Dechado de urbanidad y de cortesía en sus palabras, recibe las reprensiones de

su hermano Héctor con modestia y deferencia. Está descrito como persona del gusto mas elegante. Él mismo fué el arquitecto de su palacio. En el libro sexto lo halla Héctor acicalando y vistiéndose la cota de malla: y sale al campo de batalla con peculiar alegría y con un aparato ostentoso, valiéndose Homero para ilustrar esta salida de una de las mas hermosas comparaciones de la Iliada, la del caballo que va galopando y haciendo corbetas orilla de un rio.

Se ha reprendido á Homero el haber dado á Aquiles un carácter demasiado brutal y desabrido; pero me inclino á creer que esto ha sido en fé de los dos versos de Horacio, quien exageró ciertamente el carácter de aquel héroe:

*Impiger, iracundus, inexorabilis, acer,  
Jura negat sibi nata; nihil non arrogat armis.*

Agil, colérico, agrio, inexorable,  
No reconoce fueros; y á las armas  
No hay cosa que no arrogue.....

Es verdad que Aquiles se apasiona con exceso; pero está léjos de ser un despreciador de las leyes y de la justicia. En la contienda con Agamenon, aunque se acalora en demasia, tiene la razon de su parte. Estaba notoriamente agraviado; pero se somete, y cede pacíficamente á Briseida, cuando el heraldo viene á pedírsela, y solo se niega á pelear mas bajo las órdenes de un general que le hizo tal afrenta. A mas de su admirable valentía y desprecio de la muerte tiene otras calidades propias de héroe. Es franco y sincero, ama á sus súbditos y respeta á los dioses. Sobresale en sus amistades y adhesiones fuertes. Es siempre de muchos alientos y de sentimientos honrados y generosos; y dejando aparte aquel grado de ferocidad propia de sus

tiempos, y de la cual participan los mas de los héroes de Homero, es en general un héroe muy á propósito para excitar la admiracion, ya que no una estimacion pura.

Hablando de caracteres deben tomarse en consideracion los dioses de Homero, ó su máquina, segun se llama en términos del arte. Los dioses hacen mucha figura en la Iliada, mayor con exceso que la que hacen en la Eneida, y en ningun otro poema épico. De aquí ha provenido tomar á Homero por regla de la teologia poética. Tocante á la máquina en general he dicho ya mi sentir en la leccion anterior. Homero, como todos los buenos poetas, siguió escrupulosamente las tradiciones de su pais. El tiempo de la guerra de Troya se acercaba al de los dioses y semidioses de la Grecia. Varios de los confederados en la guerra pasaban por hijos de aquellos dioses. De consiguiente, los cuentos que la tradicion habia extendido acerca de ellos, y las hazañas de aquel tiempo, formaban un cuerpo mismo con las fábulas de las divinidades. Homero adoptó con mucha propiedad estas leyendas populares. Pero seria absurdo inferir de aquí que los poetas que le han sucedido y han escrito sobre asuntos del todo diferentes, estén precisados á seguir el mismo sistema ó la misma máquina.

En manos de Homero tiene esta mucha nobleza: siempre es alegre y entretenida y á veces grandiosa y magnífica. Homero introduce en su poema un gran número de personajes que se distinguen casi tanto por sus caracteres como los mismos actores humanos. Con la intervencion de los dioses da variedad á sus batallas, y mudando frecuentemente la escena de la tierra al cielo, da reposo al ánimo en medio de tanta sangre y carnicería. Es preciso confesar que los dioses de Homero, aunque

siempre hacen una figura viva y animada, carecen á veces de dignidad; y los modernos harian muy mal en imitar las altercaciones conyugales entre Juno y Júpiter, y la descripcion de las indecentes riñas entre las divinidades inferiores, segun el partido que abrazan entre las partes contendoras. Sin embargo, debe recordarse en defensa de Homero, que segun las fábulas de aquel tiempo, los dioses solo se elevan un grado sobre la condicion de los hombres. Con todas las pasiones de estos tienen hijos y parientes en los ejércitos enemigos, y á excepcion de ser inmortales, de habitar en la cima del Olimpo, y tener carrozas aladas, en las cuales descienden algunas veces á la tierra y vuelven á subir al cielo para regalarse con nectar y ambrosía, son en realidad seres de la misma condicion que los héroes humanos, y por lo tanto muy propios para tomar parte en sus altercados. Al mismo tiempo es de notar que aunque Homero degrada con frecuencia las divinidades, sabe sin embargo hacerlas aparecer en ciertas coyunturas con la magestad mas augusta. Casi siempre presenta con dignidad á Júpiter, el padre de los dioses y de los hombres; y varios conceptos de los mas sublimes de la Iliada se fundan en las apariciones de Neptuno, Minerva y Apolo en ocasiones de importancia.

Por lo que hace á la manera de Homero, es fácil, natural y sumamente animada. Por tal será siempre admirada de todos y de solos aquellos que gustando de la sencillez antigua, sepan tolerar ciertas negligencias y repeticiones, que con los progresos hechos en el arte de escribir, han sabido evitar los que le han sucedido, aunque muy inferiores á él en talento poético, pues Homero es el mas sencillo de todos en su estilo, y el que mas se acercó al poético del viejo Testamento. No pueden formar idea ca-

bal de la manera de Homero los que solo le conozcan por una traduccion, sea cual fuese. No conozco á la verdad autor á quien sea tan difícil hacer justicia en una traduccion como á Homero. Así como la sencillez de su diction pareceria muchas veces bajisima en cualquiera lengua moderna, así al traves de esta sencillez se ven salir por todas partes chispas del fuego nativo, de sublimidad y belleza, que apenas podrian conservarse en otra lengua que en la suya. Su versificacion está universalmente reconocida por singularmente melodiosa; y mas que la de otros poetas tiene en el sonido una semejanza conocida con el sentido y significado.

La narracion de Homero es siempre notablemente concisa, y por esta causa animada y agradable, aunque en algunas de sus arengas es algo cansado. Homero es siempre descriptivo, y lo es por medio de aquellas circunstancias bien escogidas que hacen excelentes las descripciones. Virgilio describe con mucha magnificencia la seña de Júpiter jurando por la Estigia:

*Annuil; et totum nutu tremefecit Olympum.*

*Æne. L. X.*

Confirmó este dictámen sacrosanto  
Con aquel inviolable juramento  
De la laguna Estigia, eterno encanto,  
Y movió con su voz el firmamento.

*D. J. F. de Enciso.*

Dijo: y ratificando su sentencia  
Hizo un meneo horrendo de cabeza,  
Con que estremeció todo el alto Olimpo.

*Hern. de Velasco.*

Lo juró: y al mover sus negras cejas  
Tremor hizo el Olimpo todo entero.

Pero describiendo Homero esto mismo nos presenta en movimiento las negras cejas de Júpiter, y agitada su cabellera de ambrosia, haciendo de este modo mas natural y animada la figura. En todas las ocasiones en que quiere fijar nuestra atencion sobre un objeto interesante, lo particulariza con tanta felicidad, que lo pinta en cierto modo. Puede citarse por ejemplo el pasage del iv. libro, en que una flecha despedida por Pándaro hace romper la treuga de los dos ejércitos, y señaladamente la admirable vista de Héctor con Andrómaca en el libro vi. en donde todas las circunstancias de la ternura conyugal y paternal, el hijo espantado al ver el peñacho de su padre y echándose sobre el pecho del ama, Héctor, que quitándose el yelmo toma á su hijo en sus brazos y pide por él á los dioses, Andrómaca que vuelve á recibirlo con la sonrisa del placer y echa á llorar en el mismo instante, como dice el original con mucha delicadeza, todo esto forma la pintura mas natural y patética que puede imaginarse.

Homero sobresale particularmente en las batallas, y pinta el desórden, el terror y la confusion de ellas con colores tan fuertes, que ponen al lector en medio del combate. En estas ocasiones es donde hace admirar el fuego de su ingenio, tanto que las batallas de Virgilio y de todos los demas poetas son frias y sin alma en comparacion de las de Homero.

Ningun poeta abunda de tantos símiles como Homero. Algunos son incontestablemente bellisimos; como los fuegos del campo de los troyanos, que compara á la luna y á las estrellas; Páris yendo al combate á un caballo de batalla, que va haciendo corbetas orillas de un rio: y Euforbo, muerto por Menelao, á un florido arbolillo destrozado por el viento; comparaciones las mas poéticas que se en-